

cance. Entonces metí en el cañon un cartucho, y apuntando rápidamente á un pino aislado que se alzaba á doble distancia que el blanco, hice fuego.

Ni un tirador se quedó allí, todos echaron á correr paraver el resultado de un tiro que ellos dudaban que pudiese alcanzar tan lejos, saliendo de un cañon de siete pulgadas. El primero que llegó cerca del pino dió un grito que fué repetido por todos, la bala habia entrado dentro del tronco mas de una pulgada, en términos que en el agujero que habia hecho entraba pulgada y media de baqueta. Durante este tiempo volvió Francesco por otro lado trayéndome el blanco, desconejado por la bala.

Este incidente interrumpió el ejercicio: mi carabina causaba la admiracion de toda aquella agente, y casi hubieran creído que poseia un arma encantada á no haber principiado por hacer fuego con una de las suyas.

Mi protector se hallaba lleno de alegría; hubiérase dicho que le tocaba una gran parte de la gloria que acababa de adquirir, se aproximó otra vez, y poniéndome la mano sobre el hombro

—¿Sois cazador? me dijo.

—He nacido en medio de un bosque.

—¿Habeis cazado gamos?

—Nunca.

—Bueno, si acaso venis á Glaris, acordaos de Próspero Lehman, y venid á pedirle que os haga matar uno.

—Entendámonos, bien, si me lo prometeis cuento con ir por allí.

—Sereis muy bien recibido.

—No hay mas que hablar.

—Ahora, si quereis, dejadme tirar dos ó tres balas con vuestra carabina.

—¿Cómo dos! diez si quereis. Aquí teneis cartuchos en abundancia, ya sabeis el modo de servirlos de ellos; me la devolvereis á la posada del *Cuerno de Caza*, en donde estoy alojado. Me voy para comer.

Al decir esto me despedí de los tiradores, petrificados de asombro de que se pudiesen inventar armas mejores que las de Berna y Lausana.

Al cabo de dos horas trajo mi carabina Lehman, que habia gastado hasta mi último cartucho, y acertado dos ó tres veces en el blanco, de modo que se hallaba estasiado ante el arma que me devolvía. Le enseñé mi escopeta de dos cañones, que era del mismo sistema, y acercándome á la ventana disparé á dos golondrinas que maté.

Esta última prueba trastornó enteramente los cascos del pobre cazador, y se concibe muy bien sabiendo que en Suiza no se conoce nuestra manera de cazar por los llanos, y que allí no se tira nunca mas que á punto fijo, y que aun en ciertas partes, como el Appenzell y la Turgovia, apoyan el fusil sobre una horquilla para tirar al blanco. La caza al vuelo ó

á la carrera les es absolutamente desconocida, y un parroquiano de las llanuras de San Dionisio les escitaria en este punto su admiracion.

Pasé la noche con mi nuevo amigo, cuyo idioma empezaba á comprender: me contó sus cacerías por los montes de que era rey, y me renovó la invitacion de hacerme tomar parte activa en una de ellas. Yo le habia dado mi palabra ya, y le repetí, que aun cuando debiera desviarme de mi camino, no dejaria de ir á Glaris. El debia marchar al dia siguiente al Lenthal y yo á Lucerna; pero convenimos en que me despertaria á las cuatro de la mañana el dia siguiente, á fin de no separarnos sin haber consagrado nuestra amistad con un vaso de agua de cerezas.

Al dia siguiente, como habiamos convenido, me despertó Lehman, y cuando bajé al comedor hallé á todos nuestros tiradores de la víspera reunidos. Venian á despedirse de mí como de un hermano; la caza es una verdadera francmasoneria.

Me separé de aquellas buenas gentes, que sin duda no volveré á ver mas en mi vida; pero que aunque ignoran mi nombre estoy seguro que han conservado mi recuerdo, y me puse en camino. El camino no me ofreció nada notable hasta llegar á Aljonach, en donde me detuve un rato en la posada con el hombre mas jovial que he visto. En fin, me puse en camino para Lucerna, contando con tomar un barco en Hergiswel ó en Steinbach.

Al salir de Glaris, el camino no sirve para ruedas hasta Winkel. No me sorprendió poco el hallarme en una revuelta del camino con un caballero con su criado que habiéndose metido con su carruage en un camino abominable, habian volcado y trataban de levantarlo. Me fui hácia ellos preguntándome en mi interior qué diablo de idea aquel hombre razonable habia tenido en tratar de andar por tales parages, y confieso que no hallaba satisfactoria respuesta.

En cambio en el que parecia amo reconoció al inglés que cuatro ó cinco dias antes habia visto bajar tan aprisa del Righi dejando el guia á mi disposicion. Viendo que podia serle de alguna utilidad, preguntéle en mal inglés por qué casualidad le hallaba con un carruage en aquel camino de herradura. El inglés, que era un jóven alto, seco y pálido, se puso muy encarnado, tartamudeó algunas palabras que me hicieron creer al pronto que era tartamudo, y despues, reprimiéndose poco á poco llegué á comprender en medio de las vacilaciones de su lengua, que le habian dicho que podia pasar con su carruage.

—¿Y quién os ha dicho eso?

—Los suizos.

—Lo extraño, respondí yo, los habitantes de este pais son poco dados á este género de chanzas. ¿Qué les habeis preguntado?

—Si podria pasar por encima de estos montes un carruage, y les he señalado con el de-

do aquel mas alto que está alla abajo en el fondo.

—Si, el Brung.

—No sé cómo se llama.

—¿Y qué os han respondido?

—Se han echado á reir y me han contestado que sí.

—¿En qué lengua les habeis preguntado eso?

—En aleman.

—¿Con que hablais el aleman?

—Un poco.

—¿Y cómo habeis dicho? *Ascolta, Francesco, il signor inglese va parlare tedesco.*

—He dicho: *Kanor cinen vogel über die-ser Berg fahren.*

—¿Qué es lo que significa la palabra *vogel*? dije yo á Francesco.

—Significa pájaro.

—¿Cómo! dijo el inglés.

—Y bien, ya me habia figurado esto, respondí yo: habeis tomado una palabra por otra: *vogel* por *wager*, y habeis preguntado si un pájaro puede pasar por encima de esos montes.

—¡Ah! ¡ah! ¡ah! exclamó el inglés.

—De modo que, los suizos, que han creído que os burlabais de ellos, se han echado á reir y os han respondido que sí.

—Y bien, ¿qué hemos de hacer?

—Levantar vuestro carruage y volver á tomar el camino de Lucerna.

HISTORIA DE UN INGLÉS QUE TOMÓ UNA PALABRA POR OTRA.

Cuando se levantó el carruage, el cochero tomó á los caballos por la brida y los guió á pie. El inglés, Francesco y yo marchamos delante, y como el camino era mas cómodo para pedáneos que para cuatro ruedas, llegamos á Steinbach un cuarto de hora antes que el coche. Empleamos aquel cuarto de hora en buscar un carretero para que compusiese el destrozo que se hubiese hecho en el carruage del inglés. Pero el carretero en Steinbach era un personaje desconocido, un mito fantástico, un ente de razon, pues no habia memoria allí de haber visto carruage alguno, y el del inglés habia escitado la curiosidad general. El inglés, que parecia muy tímido, estaba abatido por su mala ventura, su rostro se ponía alternativamente pálido y colorado, su lengua tartamudeaba, y era tan grande su cortedad que llegué á juzgar que era yo la causa. Así me apresuré á decirle, que si no nos necesitábamos, estábamos prontos á despedirnos de él. Hizo entonces esfuerzos tan

desconcertados para detenernos, que yo me confirmé mas y mas en mi opinion, y saludándole, continué mi viage.

Me detuve en Winkel; habia andado casi siete ú ocho leguas francesas, y no sentia descansar un rato. Envié á Francesco á que buscara un carricoche cualquiera en que meterme hasta Lucerna que distaba aun dos ó tres millas de Alemania, que equivalen á cuatro ó cinco leguas de Francia. Mientras andaba corriendo el pueblo, yo investigaba por la posada, y con no poco trabajo descubrí una polla cebada que el posadero contaba guardar para mejor ocasion, y que no me quiso ceder hasta que para decidir la cuestion me puse á desplumarla yo mismo. Con aquel asado y dos platos de huevos de diferente modo condimentados, me lisonjeaba con la perspectiva de una comida bastante confortable.

En el momento en que me llevaban la comida al comedor, mi inglés llegó con su carruage medio desmantelado, y al entrar preguntó si habia algo que comer, á lo que respondió el posadero, que un francés recién llegado lo habia tomado todo. Esta noticia pareció causar tan sensible dolor á nuestro *gentleman*, que olvidando inmediatamente los poco atentos modales con que habia agradecido el trabajo que yo me habia tomado para ayudarle á levantar su carruage, bajé á invitarle á participar de mi comida. Despues de haberse alternativamente puesto colorado y pálido cinco ó seis veces lo menos, y despues de haberse limpiado el sudor que le corria por la frente, á pesar de correr un aire muy fresco, aceptó, y se puso á la mesa con una torpeza tan grande, que llegué á pensar que nunca habia comido en buenas mesas. En esto llegó Francesco y me dijo en italiano que no habia podido encontrar ni una mala carreta.

—Entonces nos veremos obligados á continuar nuestro viage á pie.

—¡Oh Dios mio! si señor, dijo Francesco.

—Lleve el diablo este pais; nada se encuentra si no lo trae uno consigo, y aun así, añadi señalando el carruage del inglés que iban á componer, lo que uno trae se rompe.

—Pero, dijo mi convidado, si yo me atreviese....

—¿A qué?

—A ofrecer un lugar en mi carretela.

—¿Atreveis, pardiez!

—¿Aceptariais?

—¿Cómo si aceptaré! con mil amores.

—De eso queria hablaros esta mañana cuando nos hemos encontrado; pero me encontraba tan embarazado....

—¿De qué?

—De mi posicion.

—¿Cómo? ¿por que habiais volcado? ¡Vaya! esa es una desgracia que puede sucederle á cualquiera, sobre todo yendo por malos caminos: no hay por que tener embarazo por eso.

—¡Ah! gracias, porque me tranquilizais. Me aliviáis de un gran peso.

—¿Cómo! ¿os intimidó yo? Vamos, sois muy bueno.

—¿Queréis quitaros vuestro fraque?

—Gracias, no tengo calor.

—Estáis sudando á mares.

—Es que la sopa estaba muy caliente.

—Debiais haber soplado, ó esperar á que se enfriase.

—Os habeis comido ya la vuestra y queria alcanzaros.

—¿Teniamos tiempo! ¿Por qué no me lo habeis dicho que queriais que fuésemos los dos iguales? os habria aguardado. ¿Pero conoceis el italiano?

—Si, señor.

—Entonces, si no teneis inconveniente, hablemos esa lengua en vez de hablar inglés, pues apenas de cuatro palabras comprendo una.

—No sé si podré.

—Vamos, haced la prueba: *Volete ancora un pezzo di cuesta perdice.*

Y bien, ¿qué teneis?

—Nada, nada, dijo el inglés poniéndose como un carmesi y dando en el suelo una patada... nada.

—Pero hombre, si os ahogais. Aguardad, aguardad, os daré unos golpes en la espalda... Bebed encima, bebed bien.... va pasando, ya estais mejor ¿no es verdad?

—Si señor.

—Y bien ¿qué habeis tenido? veamos.

—Vuestra pregunta me ha sorprendido.

—No tenia nada de irregular, os preguntaba si queriais mas perdiz aun.

—Si, pero me lo preguntábais en italiano, he querido responderos en la misma lengua, y me he atragantado.

—Amigo mio, os aconsejo que dejeis esta timidez, que al fin y al cabo debe incomodaros mucho.

—Es muy seguro, me respondió el inglés con un aire profundamente triste.

—Bueno, pues es preciso curaros.

—Imposible, desde que tengo uso de razon soy así, y he hecho todo lo que he podido para vencer esta desgraciada organizacion, y he concluido por renunciar aun hasta á la esperanza. Por eso viajo; he hecho tantos disparates en Inglaterra, que me vi obligado á salir de Lóndres, pero esta desgraciada cordedad me sigue en todas partes. Ella ha sido causa de que os hiciera una groseria esta mañana, por ella he comido la sopa casi hirviendo, y por ella he estado á punto de ahogarme hace poco cuando queria responderos en italiano, que es la cosa mas fácil del mundo. Os aseguro que soy muy desgraciado.

—Pero á lo menos sois rico, segun parece.

—Tengo cien mil libras de renta.

—¡Pobre jóven!

—Si señor, si. De buena gana daria seten-

ta y cinco mil, ochenta mil, lo daria todo por ser un hombre como los demas, por que con lo que yo sé me crearia una posicion honrosa, y adquiriria fama tal vez, mientras que ahora con mis cien mil libras de renta y mi tonteria debo morir de esplin.

—¡Bah! ¡bah!

—Pues es como os lo digo. No sabeis, no podeis saber tampoco que cosa es estar uno convencido de que vale algo, tanto á lo menos como la mayor parte de los hombres, y vergentes sobre las cuales tiene uno la conciencia de superioridad, que le llevan la ventaja en todas partes, que pasan por instruidos y yo por ignorante, por de talento ellos, y yo por imbécil, que se hacen dueños de las casas de donde me echan y en donde desearia uno de buena gana estar siempre. Mas tarde, si me atrevo á contaros mis penas, comprendereis cuanto he sufrido con mis cien mil libras de renta, que el diablo cargue con ellas, ya que no me han acarreado mas que disgustos y humillaciones.

—Contadme esto en seguida; esto os aliviará.

—No me atrevo todavía.

—Vamos, ya os arreglareis para eso.

—Mirad y ved cuan colorado me pongo solo de pensarlo.

—Efectivamente, lo estais como un tomate.

—Pues bien, cuando me sucede esto no tengo mas remedio que echar á correr.

—No corrais por qué yo iria detrás.

—¿Para qué?

—Para saber vuestra historia: yo estoy formando coleccion de ellas.

En aquel momento entró el posadero. La comida se habia terminado, y la carretela estaba arregada y así pedi la cuenta de nuestro gasto. El inglés sacó un bolsillo lleno de oro, que pasó de una á la otra mano, y yo le pregunté.

—¿Qué vais á hacer?

—Me parece....

—Me parece que yo os he convidado, y puesto que soy el anfitrión yo debo pagar y no vos; ademas quiero poder alabarme de que he dado de comer á un hombre que tiene cien mil libras de renta.

—Muy bien, pero á condicion de que cenarais conmigo.

—Con el mayor gusto, pero me permitiréis de que yo me encargue del ponche.

—¿Y eso por qué?

—Porque quiero hacerlo de modo que snelte vuestra lengua. ¿No os habeis emborrachado nunca?

—Nunca.

—¡Pues bien! probadlo, es un excelente remedio contra el esplin.

—¿Lo creeis así?

—De veras.

—No me atreveré nunca.

—¿Qué bueno sois! vamos; vamos al carruage.

—Al carruage, y á gran galope hasta Lucerna, dijo el inglés con aire resuelto.

—No, no, al paso, si gustais, porque yo no tengo costumbre de volcar, y esto turbaria mi digestion.

—Pues bien, al paso, que tambien me gusta ir al paso.

Sentámonos los dos en la testera. Francesco subió al pescante con el cochero, y nos pusimos en camino.

Al llegar á Lucerna el inglés y yo teniamos ya tal intimidad que apenas se ponía colorado al hablarme, y hasta se habia atrevido á hacerme una ó dos preguntas.

Nos apeamos en el *Caballo blanco*, y mi primer cuidado fué preguntar al tio Franz por la salud de Jollivet: no podia éste ir mejor, y estaba fuera de cuidado. Ninguna de las balas habia penetrado en el pecho, la una habia resbalado por encima de una costilla, y habia salido por cerca de la columna vertebral, y la otra habia únicamente rozado los pectorales. Eché una mirada en torno mio, y no vi á Catalina: no tuve la indiscrecion de preguntar dónde estaba, y me fui en seguida á mi cuarto, que estaba desocupado. Mi compañero de viage se quedó detrás para encargar la cena.

Hay en las posadas suizas una cosa excelente que se buscaria en vano en las francesas, y son los baños, grande y delicioso remedio para el cansancio. Esto es mucho mas hospitalario, si se observa, como yo lo tengo visto, que los suizos no toman parte en este goce que reservan esclusivamente para los extranjeros. En cuanto á mí, mi pieza de estudio y trabajo por lo comun era el baño; allí escribia mis notas diarias, y no sé si lo cómodo y agradable que me hallaba en tales casos ha dado ese tinte de benevolencia hácia los hombres, y de admiracion por las cosas, que me encuentro ahora desde la primera hasta la última página de mi album.

Del baño me habia pasado á la cama, y en ella dormia lo mas profundamente del mundo, cuando vinieron á despertarme para decirme que la cena estaba lista. Costóme un poco reponerme; me habia olvidado completamente del inglés, de su carruage y de la cena, que entonces, lo confieso, habria deseado que no me los hubieran recordado.

Sin embargo, me levanté y bajé, y al atravesar la cocina vi en movimiento todas las cocineras, los asadores al aire y las cacerolas en revolucion. Pregunté si habia alguna boda en la posada, y si podria en ella bailar si tal habia; pero me respondieron que todos aquellos preparativos eran para nosotros. Hubo un momento en que llegué á creer que para honrarme, el inglés debia haber convidado al ayuntamiento de Lucerna, pero me desengañé al entrar en el comedor; no habia mas que dos cubiertos en la mesa.

Nos sirvieron una comida para quince personas, y como nosotros, haciendo un gran

esfuerzo, comimos apenas lo que pudieran tres, nuestras sobras, por tres dias consecutivos, debieron abastecer la posada del *Caballo Blanco*.

El inglés soportó valerosamente el asalto, comenzaba evidentemente á acostumbrarse á mi trato; habia comenzado por ponerse colorado al volverme á ver, pero paulatinamente fué desapareciendo aquel rubor, que no era natural de sus mejillas. Al fin de la cena, cuando se trajo el ponche, estaba ya bastante natural, y gracias á algunos vasos de vino de Champagne, que le habia decidido á beber, comenzaba á hablar casi como hablamos todo el mundo. Vi que habia llegado la mejor ocasion para abordar los negocios serios.

—Y bien, le dije al tiempo de llenarle de ponche el vaso. ¿Qué hemos hecho del esplin? Me parece que se ha quedado en el fondo de la segunda botella de vino de Champagne.

—Si, me respondió con el acento propiamente melancólico de un hombre que empieza á estar alegre. Si estuviérais siempre conmigo, creo que acabaria por retirarse y quedaria libre para lo porvenir. ¡Pero lo pasado! lo pasado existiria siempre.

—¿Tan terrible es, pues, lo pasado?

—¡Ah! exclamó el inglés lanzando un suspiro.

—Vamos, vamos, confesémonos.

—Llenadme otro vaso de ponche.

—¡Ah! va; pero hablad despacito, si gustais, para que no os pierda ni una palabra.

—Si no tuviese este miedo, dijo el inglés vacilando.

—¿Qué, todavía!

—Trataria de contaros esto en francés.

—¿Cómo en francés! ¿Con que sabeis el francés?

—A lo menos lo he aprendido, me respondió cambiando de idioma, y dándome la prueba por respuesta.

—Amigo mio, sois poligloto en primer grado, y me haceis sudar hablandoos en italiano, que yo chapurreo únicamente, ó bien inglés que no hablo ni una palabra, cuando sabeis el francés como un hijo de la Turena. Hablad, pues, hablad. Me parece á mí que os burlais con esas ideas de timidez, de esplin y de misantropia. Desde ahora os prevengo que vuelvo á mi lengua materna, y que no salgo ya mas de ella: por otra parte, quien debe de hablar sois vos y yo únicamente oír. Todo lo mas que haré será serviros ponche en el vaso: vamos, ahora ya no os daré mas que al fin de cada capítulo. A la salud vuestra, y para que Dios os desate la lengua como al jóven Ciro. ¿Sabeis el persa?

—¡Iba á aprenderlo cuando tuve la desgracia de heredar de mi tio las cien mil libras de renta, causa de todos mis pesares.

—Comenzemos por el principio. Pues señor, habia una vez..... ahora os toca continuar.

—Primero es menester que sepais mi nombre.

—Tendré mucho placer en saberlo.

—Me llamo Williams Blimdel. Mi padre era un modesto labrador de las cercanías de Londres, que no habiendo recibido grande educación, sintió toda su vida el haber permanecido en su primitiva ignorancia. Así en vez de dedicarme á la labranza como era muy razonable, tuvo la fatalidad de hacerme sabio, y me envió á la universidad con intencion de que fuese sacerdote. Mi llegada causó una sensacion particular, por que yo siempre he sido alto y delgado, y teniendo el pelo de color de algodón; aunque habitualmente pálido, á la menor emocion me he puesto siempre colorado como un pimiento, y por esta razon he sido recibido con risas y cuchicheos por mis camaradas, principiando desde aquel dia mis infortunios. La certeza de que yo era un objeto de burla entre mis condiscipulos, el conocimiento de mi torpeza y timidez, y por fin, el aislamiento necesario por esto, fueron causa de que durante diez años que estuve en la universidad, no tomase parte en ninguno de los juegos que son la recompensa de los trabajos de los niños. Lejos de esto, ocupaba estudiando mis horas de recreo, y mis compañeros, que no podian dar con el verdadero motivo de mi soledad, juzgaban que yo no lo hacia mas que para captarme la benevolencia de mis maestros; me acusaban de hipócrita, mientras yo á mis solas lloraba á lágrima viva oyendo sus gritos de alegría, y haciéndome pagar con crueles burlas los triunfos que sobre ellos conseguia.

Al principio suporté todas estas tribulaciones con constancia y resignacion; pero al cabo de diez y ocho meses ó dos años, se me hizo intolerable aquella vida, y hubiera muerto, creo, si la casualidad no me hubiese deparado un consuelo.

Las ventanas de nuestra escuela, elevadas á seis pies del suelo, á fin de que ningun objeto exterior distrajese el estudio de los alumnos, daban sobre un jardin consagrado, asi como el nuestro, á la diversion de un colegio de señoritas. Mientras en una parte oia yo gritos estrepitosos, oia á veces en la otra parte cantos deliciosos. Sin embargo, pasaron diez y ocho meses, como he dicho, sin que me ocurriese la idea de mirar por aquella ventana y distraer mis voluntarias penitencias por el espectáculo de la diversion de mis jóvenes vecinas, y cuando me ocurrió esta idea pasé aun una porcion de tiempo antes de llevar á cabo aquella idea, sin disfrutar mas placer que una distraccion maquinal, que embotaba momentáneamente el recuerdo de mis dolores: mas al fin fuéme necesaria aquella distraccion, y apenas el maestro salia, dando el descanso de una hora y cerraba la puerta de la escuela, donde siempre me quedaba solo, ponía los bancos sobre la mesa, las sillas sobre los ban-

cos, y subiéndome encima, echaba mis miradas distraidas sobre aquel enjambre de niñas que salía de la colmena y venía á zumbar hasta bajo las paredes de mi encierro. Entonces sentía que la naturaleza se habia engañado haciéndome hombre, y que si yo hubiese sido de un sexo diferente, todos mis defectos hubieran sido virtudes, mi debilidad física una gracia, mi cortedad pudor, y solo mi pelo amarillento y mi rostro tan pronto pálido como colorado, á nada venía bien; pero al menos aquellas jóvenes tenían velos, bajo los cuales ocultaban los suyos.

Su recreo empezaba y concluía un cuarto de hora antes que el nuestro, y esto me servía de regla; cuando las veía entrar á las unas detras de las otras, y desaparecía detras de la puerta el vestido azul celeste de la última, bajaba yo de mi pedestal, ponía cada cosa en su lugar, y cuando los maestros y mis camaradas volvían, me encontraban echado sobre los libros, y ni sospecha tenían de que hubiese interrumpido mi trabajo.

Hacia ya dos ó tres meses que me procuraba esta distraccion todos los dias, conocía de vista á todas las educandas, estaba al corriente de sus hábitos, y hasta diría de sus caracteres; eran para mí cual flores vivas en un tapiz riquísimo. Sin embargo, tan indiferentes me eran unas como otras, y mi afecto se repartía entre todas como sobre hermanas.

Un dia, entre todos aquellos rostros jóvenes conocidos, vi uno nuevo que no habia nunca visto: era el de una niña sonrosada con cabellera rubia, con cabeza como la de un querubín. Aquella encantadora carita estaba llena de lágrimas. La pobre niña acababa de separarse de su familia, y creía no poder consolarse nunca mas. El primer dia sus compañeras quisieron distraerla en vano; la herida estaba todavia demasiado fresca, y debía verter toda aquella sangre del corazón que se llaman lágrimas. Este episodio de mi novela me conmovió profundamente, veía yo un punto de semejanza entre aquella pobre niña y yo; pensaba que cual yo iba á llevar una vida triste y aislada, y sabiendo lo que yo habia padecido, la tenía compasion, por lo que iba á padecer.

El dia siguiente trepé á lo alto de mi pirámide con mas afan que tenía de costumbre hacerlo. Mi mirada abarcó todo el jardin: las muchachas jugaban como de costumbre, y la recién llegada estaba sentada al pie de un árbol entre otras dos niñas, que para consolarla se habian traído los mas lindos juguetes y sus mas ricas muñecas. La pobre reclusa no lloraba ya, pero tampoco jugaba. Toda la hora de recreo la pasó escuchando los consuelos de sus dos amigas, á las cuales dió la mano al irse. Al dia siguiente, su lindo rostro no conservaba mas que débiles rastros de tristeza, y comenzó á tomar parte en los juegos de sus nuevas amigas: en fin al cabo de ocho dias

habia olvidado con la ligereza de la infancia aquel nido maternal, fuera del cual, débil avecilla, habia creído que no podría vivir.

No habia mas que yo cuya desgraciada organizacion no supiese hallar mas que penas donde descubrian los demas placeres. Con esta certidumbre se aumentaban mas y mas mi tristeza y cortedad, y continué la dolorosa existencia que habia empezado y de la cual no tenía fuerza para salir.

Sin embargo, un rayo dorado y alegre acababa de iluminar una parte de mi existencia. Entre mis veinte y cuatro horas sombrías tenía una hora de sol; era la hora que pasaban jugando las niñas bajo mi ventana. La última que habia entrado, á quien oia llamar Jenny, era ya tan loca y tan risueña como sus compañeras; y aunque al principio me supo mal que no hubiese conservado aquella tristeza que la unía mas íntimamente conmigo, concluí al fin por perdonarla al verla tan dichosa. Todos los dias aguardaba aquella hora de recreo con impaciencia. Apenas habia llegado, cuando yo ocupaba ya mi sitio acostumbrado. Hubiera podido decir que no vivía mas que durante aquella hora, y que lo demas del tiempo aguardaba la vida.

Llegaron las vacaciones: las vi llegar casi con terror: eran seis semanas, durante las cuales no iba á ver á Jenny. La idea de volver al seno de mi familia que me amaba tanto, de volver á ver á mi padre, que desde la muerte de mi madre habia concentrado en mí todo su afecto, no eran mas que un débil consuelo á mis penas. Solo entre los demas compañeros que estaban llenos de alegría por la llegada de esta época, persistía triste y pensativo. Sin embargo, estaba muy distaute de pensar en el exceso de pesar que me amagaba. Yo habia siempre presumido que la época de las vacaciones era la misma en ambos establecimientos, y calculaba el número de dias que me quedaban para ver á Jenny, cuando una mañana al subir á mi acostumbrado tablado hallé vacío el jardin.

No comprendí al pronto la causa, creí que á mí se me habia adelantado la hora y retrasado á las niñas; esperé que se abriese la puerta, por donde solía salir aquella bandada de palomas; pero permaneció cerrada y el jardin desierto. Entonces comprendí la verdad, mi corazón se comprimó, y corríeron por mis ojos silenciosas lágrimas. No pudiendo ya calcular la hora por la retirada de las pensionistas, me estuve allí llorando, al volverse á abrir la puerta para la segunda leccion me sorprendieron con los ojos llenos de lágrimas sobre mi tablado. Quise bajar aprisa, se me resbaló un pie, caí de cabeza sobre la esquina de un banco; levantáronme desmayado, me llevaron á la enfermería, con la cabeza abierta por esta herida, de la que conservo esta cicatriz que todavia veis.

Mis maestros me amaban en razon inversa

del odio que me tenían mis compañeros. Para ellos era yo un niño dócil, humilde y trabajador: nunca me habian tenido que castigar por perezoso, travieso ó desobediente, y la facilidad que yo tenía en aprender y retener lo que aprendía, les hacia esperar que seria con el tiempo una lumbrera de la Iglesia.

No calculaban que mi timidez, pues no vivían en el mundo, podría ser tan fatal, y no hacían nada para hacérmela perder. De ahí es que mi desgracia causó un general pesar á todos mis profesores, prodigáronse los mayores cuidados; y gracias á la general benevolencia que me manifestaron pude tomar mis vacaciones al mismo tiempo que los demas estudiantes.

Llegado á casa de mi padre, el buen hombre, que no tenía en el mundo á nadie mas que á mí, vió el bello ideal de la perfeccion en su hijo, y le hacían concebir este error las brillantes notas de mis profesores: hasta me encontró alto y mas hermoso, ¡pobre padre! Mi reputacion de sabio me habia precedido á mi casa. Todos los mozos, criados y sirvientes no me llamaban mas que el doctor, y mi padre para hacerme digno de este titulo por las apariencias, como me creía serlo de hecho, me mandó hacer casaca negra, chaleco negro, calzon corto negro, color que parecia hecho á propósito para exagerar la longitud de mi talla y lo exiguo de mi persona.

Sin embargo, yo continué triste y pensativo en medio de los labriegos y de los criados: no porque fuese tanto mi embarazo entre ellos como entre mis superiores ó iguales, si no porque no podia olvidar la cabeza rubia de Jenny que veía todos los dias á la misma hora. Aquella hora la pasaba solo en mi cuarto, al pie de un árbol ó á la orilla de algun arroyo; la dedicaba enteramente al recuerdo del jardin, que yo veía siempre con su césped, sus flores, sus árboles, y con toda aquella gozosa infancia que lo poblaba. Viéndome preocupado mi padre, quiso llevarme á Londres para distraerme. Nuestra hacienda solo distaba una jornada, aunque larga, de la capital, y engan- chando el caballo á un carricoche, llegamos á Londres en dia y medio.

Allí volvieron á empezar mis tribulaciones. Mi padre no habia dejado para honrarme mas, de hacerme poner el traje que me habia hecho hacer, y que despues de mucho tiempo no era de moda en Londres ni aun para las personas de una edad avanzada. Todos los muchachos que encontraba llevaban un vestido análogo á su edad, solamente yo iba hecho una caricatura grotesca de otra época. Conoció cuan ridiculo estaba, y esto aumentó mi sorpresa, no sabia que hacer de mis brazos tan largos, ni de mis piernas tan delgadas: mi rostro pasaba en un cuarto de hora de la palidez mas clara al carmesí mas subido. Mi padre no comprendía nada de lo que pasaba en mí, y trabajo le costaba en no detener á los

transeuntes y decirles:—Mirad este gallardo mozo que no tiene mas que quince años, ya lo veis, es un pozo de ciencia.

El segundo día de nuestra llegada pasábamos por la calle del Regente (*Regent Street*) para ir á San James; producía yo mi efecto acostumbrado en cuantos me rodeaban, corriéndome el sudor por la frente como de costumbre, cuando á través de la nube con que la vergüenza cubría mi rostro, me pareció reconocer á Jenny en un coche que venía corriendo hácia nosotros. Era en efecto la misma cabeza rubia con las megillas sonrosadas, el color blanco, y su límpida mirada. Acercábase aquella vision, no había duda, era ella... era Jenny... Detúveme por que no podía dar un paso adelante, me pareció que toda mi sangre se agolpaba á mi cara, y estendí los brazos hácia el coche, gritando con voz ahogada.—Jenny, Jenny.—Me vió sin oírme, y enseñándome inmediatamente á su padre que estaba á su lado, exclamó riendo:—Papá, mira que raro va aquel muchacho vestido de negro.... El coche pasó arrastrado por el galope de dos caballos magníficos, llevándose mi vision y dejándome el alma profundamente traspasada por el efecto que había producido en la jóven que sin saberlo ella tanta influencia había adquirido sobre mi vida.

Aquel encuentro fué el único suceso notable que ocurrió durante las vacaciones. Pasó el tiempo de su duracion, y llegó el día de volver á la universidad. Mi padre no dejó de añadir á mi equipage el maldito traje negro que tan fatal me había sido, y volví para continuar aquella educacion que el autor de mis días no había recibido, y con la que contaba tanto para dar á su hijo una consideracion de la que gracias á su ignorancia no había gozado él en toda su vida.

Fuí acogido por mis maestros con el mismo afecto, y con la misma antipatia por mis camaradas. Entramos á la escuela, y como de costumbre fuéronse todos al patio al llegar la hora de recreo, y yo solo quedé fijo en mi pupitre sobre mis libros. Apenas estuvo cerrada la puerta, reconstruí mi tablado; sin embargo, el corazon me palpitaba horriblemente. ¿Las vacaciones del colegio contiguo se habían acabado? ¿Y si se habían acabado habría vuelto Jenny? Quedé un largo rato de pié sobre la mesa sin atreverme á subir; decidime, en fin, llegué á la cumbre de mi pirámide, eché los ojos al jardín, respiré; corrieron lágrimas de mis ojos, Jenny estaba entre sus compañeras, había vuelto, tenía delante de mí diez meses de felicidad.

Así se pasaron cinco años durante los cuales se acabó mi educacion. Sabia el griego como Homero, y el latin como Ciceron, hablaba el francés, el italiano y un poco el alemán, y era uno de los sobresalientes en matemáticas y en álgebra. Todas estas cosas reunidas y además todavía mi desgraciado carácter, me habían

determinado á seguir la carrera del profesorado. El director del establecimiento en donde yo había estado siete años me propuso asociarme á su empresa, y, salvo el beneplácito de mi padre, acepté, sin darme cuenta en el fondo de mi corazon que lo que me determinaba, era el deseo de seguir viendo á Jenny, que nunca me había visto mas que en el malhadado día en que mi grotesco aspecto había escitado su hilaridad.

Con todos estos proyectos en la cabeza, salí para pasar las últimas vacaciones, no deviendo volver á la institucion sino en clase de profesor.

Pero como decís los franceses el hombre propone y Dios dispone.

—¿Estamos al fin del primer capítulo? interrumpí yo.

—Justamente, respondió sir Williams.

—¡Pues bien! entonces un vaso de ponche, esto os dará fuerzas para abordar las terribles situaciones que preveo en el porvenir.

Sir Williams lanzó un suspiro, y bebió un vaso de ponche.

Llegué á la granja de mi padre con la firme resolución de llevar á cabo el proyecto que acabo de contaros, cuando cambiaron completamente el estado de mis negocios dos acontecimientos inesperados: murió mi pobre padre, y me llegó un tío de la India.

Poco había oído hablar yo de este tío, que todo el mundo creía muerto hacia muchísimo tiempo, y llegó justamente para cerrar los ojos de su hermano. Como hacia ya mas de treinta años que mi padre y él se habían separado, no fué muy grande su dolor; pero yo estaba inconsolable. Muchas veces me había hecho sufrir la ignorancia de mi padre, la posicion inferior que ocupaba en la sociedad, y de ahí el trato y costumbres patriarcales que había conservado; pero muerto aquel respetable anciano, desapareció la parte material y se borró todo recuerdo ante su sombra tan querida y amante. Recordaba entonces, con agudo dolor, las menores desazones que le había dado, y lloraba amargamente cuando me asaltaba su memoria. Mi tío no podía comprender este exagerado dolor; pero como, segun él, era indicio de un buen corazon, y no tenía otro pariente en el mundo, puso en mí la pequeña parte de afecto que podía separar de la gran cantidad de amor que se tenía á sí mismo. Un día que yo me hallaba mas triste que de costumbre, me ofreció dar un paseo con él. Le acompañé maquinalmente, pero por preocupado que estuviese, le vi tomar el camino de su castillo, distante una legua y media de nuestra hacienda, el cual había quedado entre mis recuerdos de niño, como un palacio de encantadoras que veía siempre resplandeciente á través del velo movedizo de los corpulentos árboles que se alzaban en torno de él.

Llegados á una puertecilla del parque, vi que mi tío sacaba una llave de su bolsillo y

que abría aquella puerta. Le detuve, preguntándole lo que hacia.

—Voy á entrar, me dijo.

—¿Cómo! ¡vais á entrar! ¡pero este castillo!

—Es de un amigo mio.

—Pero tío, contesté poniéndome encarnado como un carmesí, pero yo no conozco á vuestro amigo... tampoco vengo prevenido para visitar á un gran señor.... os dejo, me voy.... me escapó.

—Vamos, vamos, dijo mi tío agarrándome por el brazo, yo creo que eres loco. El propietario de este castillo es un buen hombre que no gasta cumplimientos, un hombre como yo, que te recibirá perfectamente, y de quien espero quedarás muy contento.

—¡Imposible, tío, imposible! Os lo suplico. ¿Pero qué haceis?...

Mi tío había cerrado ya la puerta.

—He venido sin vestir.

Mi tío se metió la llave en el bolsillo.

—¿Y si hubiese señoras?... ¡ay! ¡me moriría de vergüenza!

Mi tío iba delante silbando el *God save the king*. Me fué preciso seguirlo: las piernas me flaqueaban, la sangre se me arrebató á la cabeza, y al través de una nube veía objetos por delante de los que pasaba. Al llegar á la puerta vi á un caballero que llevaba una casaca verde llena de bordados con unas enormes charreteras y un gran sable. Lo tomé por un general y lo hice un saludo hasta el suelo. Mi tío pasó por delante de él sin quitarse el sombrero, dejándome aturdido de su impolítica. Sin embargo, no se ofendió el caballero de la casaca verde, el que nos siguió á corta distancia. Luego encontramos en el vestibulo un hombre negro en traje oriental tan rico, que me recordó á uno de los reyes magos que visitaron al niño Jesus, y buscaba yo interiormente en mi memoria de qué manera se aproximaba uno á los rajah de la India, para hacerlo delante de aquel personaje, y ya iba á arrodillarme, y á ponerme las manos en la cabeza, cuando mi tío se quitó su levita y se la tiró sin cumplimiento alguno al sectario de Vish-nou. Esta última accion trastornó todas mis ideas, y yo no sabia en donde me hallaba, vivía mecánicamente, creía soñar. Mi tío continuaba andando y yo detrás de él. En fin, llegamos á un delicioso pabellon que se componía de una habitacion completa de la mas grande elegancia.

—¿Qué te parece esta habitacion? dijo mi tío.

—Me parece el palacio de un rey, respondí todo asombrado.

—¿Con que te conviene?

—¿Cómo, tío mio!

—Quiero decir que si vivieras gustoso aquí.

Quedé sin saber qué decir, con la boca abierta y la cabeza completamente perdida. Mi tío tomó naturalmente mi silencio de admiracion por consentimiento, y añadió tocándome en el hombro:

—Pues bien, esta habitacion es la tuya.

—Pero tío, dije reuniendo todas mis fuerzas, ¿pero este castillo de quién es?

—Mio, pardiez.

—¿Luego, sois rico, tío?

—Tengo cien mil libras de renta.

Al pronto me parecía que mi cabeza iba á estallar; apoyé mi frente en el mármol de la chimenea. En cuanto á mi tío, encantado del inesperado efecto que me había causado, se retiró diciéndome, que si tenía necesidad de algo no tenía mas que tocar la campanilla, y que el negro y su cazador estaban á mis órdenes.

Si os he dado una idea de la timidez de mi carácter podéis representaros mi situacion: media hora me quedé abismado con el peso de tan imprevisto acontecimiento, y por último me levanté. Al primer paso que di, vi mi persona reproducida en tres ó cuatro espejos inmensos, y confesaré con toda humildad, que cuanto mas me vi, mas indigno me hallé de habitar el lugar en que me encontraba. No solo mi traje era comun, sino que, como se había hecho el año anterior, y á pesar de mis veinte y un años crecía uno, el fraque me venia corto de mangas, y los pantalones de pierna. Lo era tanto tambien mi chaleco, que cual un justillo de Alberto Duretó ó de Holbein, dejaba ver la camisa entre él y el pantalon, sino tambien las hebillas de los tirantes. Todo esto estaba bien, todo esto era bueno naturalmente en la pobre granja de mi padre, pero en un palacio encantado hacia tanto contraste con los objetos que me rodeaban, que yo buscaba un sitio donde esconderme, y apenas lo hube hallado me metí en él como una liebre en su madriguera, y me quedé allí á meditar.

No sé cuanto tiempo permanecí así: el cazador que yo había tomado por un rajah vino á anunciarme que estaba la comida en la mesa, y me esperaba mi tío. Bajé; por fortuna se hallaba solo y respiré.

Al fin de la comida, cuando le trajeron su ponche y el negro le encendió la pipa, despidió á los criados y quedamos solos los dos. Mi tío, que parecía estar preocupado; aspiró y arrojó el humo de su pipa sin hablar palabra alguna, pero de repente, rompiendo el silencio:

—¡Y bien, Williams! me dijo.

Yo que no estaba preparado, di un brinco en mi silla.

—¡Y bien, tío! contesté tartamudeando.

—Es necesario que nos ocupemos un poco de tí, hijo mio. Cuando yo llegué, tu pobre padre tenía bastante en ocuparse de él. Yo me eché á llorar y no pude preguntarle qué pensaba hacer de tí. Vamos, ahora ¿por qué lloras? Tú que sales del colegio debieras ser mas filósofo. Ayer le tocó á mi hermano, mañana á mí; dentro de ocho días á tí tal vez; es menester tomar la vida por lo que vale, por lo que dura: ¿no ves? todas tus lágrimas no resu-

citarían al pobre Jack-Blundel; así créeme: enjúgale los ojos, bebe un baso de ponche, toma una pipa y hablemos como dos hombres.

Di las gracias á mi tío en cuanto al ponche y á la pipa, y me enjúgué los ojos tratando de no llorar mas.

—Ahora veamos cuáles son tus proyectos para el porvenir, dijo mi tío mirándome de reojo.

—Yo queria dedicarme á la educacion, y creo que los estudios que he hecho me hacen capaz de esta santa mision.

—¡Ta!... ta!... ta!... dijo mi tío. Eso estaba bueno cuando eras el hijo de un pobre labrador; pero ahora eres el sobrino de un rico nabab, y la cuestion muda de aspecto. Yo no tengo hijos, y gracias á Dios, como no cuento casarme, no los tendré jamás, y todo lo que yo poseo ha de ir á parar á tí. Curioso sería ver un maestro de escuela con cien mil libras de renta. Comprende que esto es imposible. Vamos, piquemos mas alto, señor gentleman.

—¿Qué quereis, querido tío? yo no puedo deciroslo; yo no soy mas que un pobre sábio que no sé nada de mundo, y no sé de la vida mas que trabajar y estudiar, y con el permiso vuestro, lo mejor que puedo hacer es seguir mis primeras ideas.

—¿Tus primeras ideas! ¡estás loco! Con tu fortuna ó con la mia, que para el caso es igual, segun seas avaro ó vanidoso puedes aspirar á los mas ricos partidos de Lóndres, ó bien enlazarte á una familia noble que esté arruinada y te dé importancia.

—¿Yo casarme, tío! exclamé.

—¿Y por qué no? ¿has hecho voto de castidad?

—¿Casarme yo?... podré casarme, podré unirme con.... El nombre de Jenny estaba ya en mis labios: era la primera vez que concebía la idea de tanta felicidad. Poseer aquella niña rubia y encantadora, que por sus años habia sido todo para mí!... ¡Casarme con Jenny!... ¡hacerla mi esposa!... ¡era esto posible!... Mi tío me decía que con sus riquezas podia aspirar á todo, y la esperanza solamente me daba ya mas felicidad que la que yo podia soportar. Sentí que me ahogaba, que iba á ponerme malo, y me salí de aquella pieza y me fui corriendo al jardin buscando la frescura del aire. Mi tío creyó que estaba loco, y pensando que cuando me hubiese pasado aquel arrebató volveria, pidió mas tabaco y mas ponche, llenó por segunda vez su pipa, y por sexta su vaso, y continuó fumando y bebiendo.

¡Oh! mi tío era un hombre de muy buen sentido.

Cuando yo hube dado dos ó tres vueltas por el jardin corriendo, y entregado á mis delirios, volví á entrar en el pabellon mas segado; encontré á mi tío en el mismo sitio acabando de fumar su tercera pipa, y el se-

gundo bol, con la misma calma y voluptuosidad.

—Y bien, me dijo: ¿insistes siempre en ser maestro?

—Aunque esta es mi voluntad real y verdadera, creo que Dios no lo quiere, pero yo me acuerdo haber visto alguna vez á algunos de esos jóvenes que llaman gentes de mundo, hechos para frecuentar la sociedad, y para agrandar á las mugeres, os confesaré, tío, que cuanto mas me acuerdo de ellos, mas me parecen de otro género que yo, susceptibles de una perfeccion á que yo no puedo llegar.

Mi tío se echó á reir.—Ves tú, Williams, me dijo, así que se le hubo pasado el acceso de la risa. Toda la diferencia que hay entre ellos y tú consiste en que ellos tienen la cabeza llena de términos de caza, de corridas de caballos y de apuestas, y tú de términos latinos, griegos y hebreos. Cuando hayas olvidado lo que sabes para saber lo que saben ellos, tú harás un caballero tan inútil, tan impertinente, y por consiguiente tan *presentable* como cualquiera de ellos. Tú déjame únicamente hacer, y yo me encargo de tu educacion.

Di las gracias á mi tío por sus bondades, y cuando dieron las ocho en el reloj le pedi licencia para subir á mi cuarto á dormir, pues no solia recogerme tarde. Mi tío me hizo con la mano una señal de que podia retirarme, volví á encender la pipa que se habia apagado en aquel acceso de alegría, y llamé al rajah para que fuese á buscar otro bol de ponche.

Adivínase fácilmente que si me retiré á mi cuarto no fué para dormir. Parte de la noche la pasé soñando con los ojos abiertos, cuando llegó el sueño continuaron los mismos que tenia despierto.

Al dia siguiente á las nueve, me despertó un caballero muy elegante, que acompañado por el ayuda de cámara de mi tío, entró en mi alcoba seguido de un *groom* que llevaba un paquete.

—El sastre, dijo el ayuda de cámara.

Miré á la persona que me anunciaba con aquel título, y confieso que, si no me la hubieran presentado, nunca habria creído que un hombre de exterior tan distinguido tuviese un oficio tan humilde. Aun estaba yo en dudas sobre lo que el criado habia dicho, cuando el sastre á quien yo miraba sin decir una palabra, creyó que le tocaba á él dirigirme la suya.

—Espero vuestras órdenes.

—¿Para qué?

—Para probaros algunos vestidos que traigo ya hechos, y para tomarle la medida de los que me haga el honor de encargarme.

—Y bien, le dije, tened la bondad de dejarlos ahí, yo me los probaré.

—Milord, perdonad, me dijo el sastre: necesito probármelos yo mismo, porque si el pantalon fuese ancho ó estrecho de una pulga-

da, si el chaleco no bajase justo hasta su puntito y si el fraque hiciese una sola arruga, seria yo hombre deshonorado.

—Pero... continué yo vacilando, ¿entonces voy á tener precision de levantarme?...

—No teneis precision, milord, y mi deber es esperar á que os levanteis cuando querais.

En efecto se quedó de pie y aguardaba.

Como vi que efectivamente estaba decidido á esperarme, y no me atrevia á decirle que estaba al cuarto del lado, decidíme, aunque costándome mucho, á levantarme delante de él. Echó una rápida mirada sobre mí, y volviéndose á su *groom*, dijo:

—El número 4.º, milord es de primera talla.

El *groom* sacó un vestido negro completo; el sastre me lo probó, y hubiera dicho que estaba hecho especialmente para mí, por lo milagrosamente que venia á mi larga persona.

Después, habiéndome tomado inmediatamente las medidas necesarias para surtirme el guardarropa, se retiró. Yo le acompañé hasta la puerta, dándole gracias por el trabajo que se habia tomado.

Volví á entrar en el cuarto para ver el cambio que hacia en mí el nuevo traje. Estaba desconocido, y comencé á creer que mi tío tenia razón, y que si alguna vez conseguia vencer mi desgraciada timidez, único origen de todos mis males, llegaria á ser un hombre como los demas.

Estaba, debo confesarlo, bastante contento de mi exámen, cuando entró un criado seguido de un *gentleman* en traje completo de baile: como yo no estaba preparado para esta visita ceremoniosa, me turbé prodigiosamente, y no sabia si debía adelantarme hácia el forastero, cuando el ayuda de cámara anunció á

—¡El maestro de baile del señor!

El recién llegado se dirigió á mí con la mayor gracia, echó una benévola mirada al discípulo que él iba á formar, y deteniendo su ojeada en la parte superior de mi persona, me dijo:

—Milord, estoy encantado por haber sido elegido para enseñar un par de piernas tan hermosas.

Yo no estaba acostumbrado á oír alabanzas sobre mi fisico, así que me desconcertó completamente. Quise responder, empecé á tartamudear, traté de dar un paso, y enredé tanto las piernas que causaban la admiracion de mi maestro, que á poco mas caigo cuan largo era: él me detuvo.

—¡Bien! ¡bien! dijo. Veo que no habeis recibido ningún principio, vale mas así, porque no habrá que quitar vicio alguno.

—El caso es que tengo, las rodillas y las puntas de los pies, algo vueltas hácia dentro: en cuanto á lo restante del cuerpo.... creo que poseo.... que.... que....

—¡Bueno, bueno! exclamó mi optimista, veo

que milord no tiene la palabra espedita; ¡tanto mejor! eso me prueba que la inteligencia ha pasado á las estremidades. Estad tranquilo, milord, que si la hay la desarrollaremos; si no la hay, haremos que baje. Vamos, milord, empecemos.

Mucho me costaria decir lo que pasó en aquella primera leccion; todo lo que recuerdo es, que me sirvió de mucho mi profunda ciencia de las matemáticas para conservar mi equilibrio y guardar el centro de gravedad en las cinco posturas.

Cuando mis pies salieron del instrumento de tortura en que hicieron su aprendizaje, se negaban literalmente á sostener mi cuerpo, por delgado que fuese, y cojeaba de ambas piernas cuando fui al comedor donde me esperaba mi tío para almorzar.

—¡Hola, hola! me dijo mirándome de pies á cabeza. Williams, por mi nombre que parecees un verdadero *dandy*. Tus pies dicen que ya has tomado una leccion de baile, pero tus brazos se mantienen tontos aun; pero con algunas lecciones de esgrima se corregirán.

—¿Cómo! ¿tambien quereis, tío, que aprenda á manejar la espada? ¿y eso, para qué?

—Para batirte, si se burlan de tí, ¡pardiez! —Al decirme esto sentí un estremecimiento por todo el cuerpo.—¿Por ventura no eres valiente?

—No sé, tío, porque nunca lo he pensado. —Pero si insultasen á una muger á quien tu amases, ¿qué harías?

—Si insultasen á.... Jenny, iba á decir, pero me contuve. Si, si, tío, me batiria, estad tranquilo, respondí con viveza.

—¡En hora buena! Pero hoy has hecho ya ejercicio por la mañana, debes tener gana, almorcemos.

Sentámonos á la mesa, almorzamos, al acabar de tomar el té, llegó el maestro de armas. Era uno de los mas acreditados de Lóndres. Desde luego no estuvo tan satisfecho de mis brazos como el maestro de baile lo habia estado de mis piernas: pero yo hice tantos esfuerzos con el solo pensamiento de que acaso un dia podian insultar á Jenny en mi presencia y que yo tendria la dicha de defenderla, que cuando se fué quedó mas contento de lo que yo podia esperar.

Como vais viendo, estaba yo en buen camino de mejorar, cuando una mañana notando que mi tío tardaba en levantarse mas de lo regular, subí á su cuarto y lo encontré muerto.

Por la noche habia muerto de una apoplejia fulminante.

Sir Williams se detuvo al decir esto, y esta vez no le llené el vaso de ponche, y solo le alargué la mano.

Esta muerte fué para mí un golpe terrible, prosiguió Williams, y no pensé ni un instante en la inmensa fortuna de que me dejaba heredero, no viendo mas que el aislamiento á